

# Lo que sea de cada quien

## El gambito del Perro Estrada

Vicente Leñero



La idea fue de Pepe Estrada a quien sus amigos le decíamos el Perro, no recuerdo por qué. Me proponía adaptar al cine la breve novela de José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*.

No resultó un buen guion a pesar de que lo emprendí con entusiasmo no sólo porque era amigo de José Emilio desde los tiempos de Arreola sino porque me gustaba de veras su nostálgico relato.

Tardé más de lo necesario en las primeras versiones a causa de que el Perro Estrada dilataba su aprobación. Le daba a leer mi trabajo a su hijo Luis, el Perrito, y luego me hacía llegar en tarjetitas un sinnúmero de observaciones y propuestas de nuevas escenas. Qué lata.

Entendí que el Perro quería involucrar a su hijo en la filmación como su asistente de dirección porque el chamaco de veintitrés años había estudiado en el CUEC y ganado un Ariel por un cortometraje, *La divina Lola*. Era el Perrito entonces quien hacía las sugerencias —malas sugerencias a mi juicio— y a quien yo acompañaba luego a conseguir locaciones en la colonia Roma,

a planear el orden de las escenas, a revisar el reparto con niños actores pésimos.

Por fin le ladré al Perro a unos cuantos días de la filmación:

—¡Estoy trabajando para el Perrito! —grité.

—¿Por qué no comemos mañana, ingeniero? —era el único amigo que me reconocía como ingeniero.

Comimos un jueves en el comedor de la Sogem.

—Estoy hasta la madre, Pepe —seguí alegando—. Yo acepté escribir este guion para ti, no para tu hijo. Y tú no te apareces. Te busco y quién sabe dónde andas. Me la he pasado aceptando las pinches sugerencias del Perrito.

Sin reaccionar a mis exabruptos, sereno, cordial, el Perro Estrada me dio en todo la razón. Y me explicó: él había propuesto el proyecto a Alberto Isaac, director del naciente Imcine, como si él mismo fuera a ser el realizador, para que lo aceptara. Pero lo que pensaba en realidad era impulsar el desarrollo profesional de su hijo —es muy abusado, dijo—. El Perrito, sí, sería el verdadero director de *Las batallas en el desierto*.

—Yo seré su asistente —remató.

—Por qué no me lo dijiste cuando me encargaste el guion.

—Porque no hubieras aceptado.

Salí del comedor de Sogem soltando madres, renegando de nuestra amistad.

Dos días después de la charla, en la madrugada del 23 de agosto de 1986 —la filmación se iniciaría el lunes—, un infarto fulminante acabó con la vida de Pepe Estrada, de sopetón.

La conmoción en el medio cinematográfico, en su pandilla de amigos, nos sacudió como otro infarto. El sepelio fue muy doloroso.

La filmación de la película se suspendió por supuesto, y cuando se acordó reanudar el proyecto —que si la debía dirigir Arturo Ripstein, decía Pedro Armendáriz; que si mejor Julián Pastor— fui a contarle a Alberto Isaac lo que me había dicho el Perro Estrada las vísperas de su muerte.

—Eso no lo sabía —dijo Alberto.

—Pues ya lo sabes. El Perrito, pienso yo, es el que debe dirigir la película.

—Estás loco, no ha hecho nada de cine.

—Acaba de ganar un Ariel por un cortometraje de ficción.

—Ésta es una película grande —siguió diciendo Alberto Isaac—, con un presupuesto grande, tú lo sabes.

—De algún modo así se empieza.

—No con *Las batallas en el desierto*.

—Luis Estrada sabe todo del proyecto. Ha ensayado con los actores. Él escogió las locaciones...

—No se puede —siguió neceando Isaac.

—Fue la última voluntad de su padre.

Dale esa oportunidad.

Pasados unos días fue el propio Alberto Isaac quien se autonombró, abusivo, director de *Las batallas en el desierto*. La filmó con algunos cambios que me parecieron desacertados como el de ambientar algunas escenas importantes en Tequesquitengo, en lugar del Acapulco de los años cuarenta: para aligerar el presupuesto, dijo. Y le cambió el título por el de *Mariana, Mariana*.

La película resultó medianita, mediocre. A pesar de ello le dieron los Arieles de 1986 por mejor película y mejor guion, en el que incluyeron el nombre de José Estrada como coguionista para hacerle un homenaje póstumo.

Yo nunca me atreví a comentar con José Emilio Pacheco la adaptación al cine de su novela. Me dio vergüenza. **U**